

El escarabajo de oro

*What ho! what ho! this fellow is dancing mad!
He hath been bitten by the Tarantula.*

*All in the Wrong*¹

Hace muchos años trabé íntima amistad con un caballero llamado William Legrand. Pertenecía a una antigua familia de hugonotes y en otro tiempo había sido rico, pero una serie de infortunios lo había dejado en la miseria. Para evitar la humillación que significaban sus desastres, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en Carolina del Sur.

Esta isla es muy singular. Se compone prácticamente solo de arena de mar y mide algo menos de cinco kilómetros de largo. Su ancho no excede en ningún punto unos seiscientos cincuenta metros. Está separada de la tierra firme por un hilo de agua apenas perceptible que fluye a través de un sector desierto lleno de juncos y limo, sitio favorito de los patos silvestres. La vegetación, como puede suponerse, es pobre o de muy poca altura. No hay allí árboles de ningún tamaño. Cerca del extremo occidental, donde se alzan

1. Este epígrafe corresponde a un pasaje de *All in the Wrong* [Todo equivocado, 1761], obra teatral del irlandés Arthur Murphy (1727-1805): "¡Vaya, vaya! ¡Este hombre baila como un loco! / Ha sido picado por la tarántula".

el fuerte Moultrie y algunas miserables casuchas de madera habitadas durante el verano por quienes huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, puede encontrarse, es cierto, alguna erizada palmera. Pero la isla entera, a excepción de ese punto occidental y de un espacio árido y blancuzco que bordea el mar, está cubierta de una espesa maleza del mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza allí con frecuencia una altura de entre cuatro y cinco metros, y forma una casi impenetrable espesura, cargando el aire con su fragancia.

En el lugar más recóndito de esa maleza, no lejos del extremo oriental de la isla, es decir, del más distante, Legrand se había construido una pequeña cabaña, donde vivía cuando nos conocimos por primera vez, y de un modo simplemente casual. Pronto nació entre nosotros la amistad, ya que había muchas cualidades en aquel sujeto solitario que atraían el interés y la estima. Me pareció muy bien educado, de una singular inteligencia, aunque cargado de misantropía y sujeto a penosas alternancias de entusiasmo y melancolía. Tenía muchos libros, pero rara vez los utilizaba. Sus principales diversiones eran la caza y la pesca, o vagar a lo largo de la playa, entre los mirtos, en busca de crustáceos o de insectos curiosos; su colección hubiera podido suscitar la envidia de Swammerdamm.² En estas excursiones, por lo general lo acompañaba un viejo sirviente negro llamado Júpiter, que había sido

2. Jan Swammerdamm (1637-1680). Zoólogo holandés especializado en el estudio de los insectos.

liberado de su esclavitud por la familia Legrand antes de que comenzaran sus problemas económicos, pero al que no habían podido convencer, ni con amenazas ni con promesas, de abandonar lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven “patroncito Will” (así lo llamaba). No es improbable que los parientes de Legrand, juzgando que este estaba un poco trastornado mentalmente, se dedicaran a promover en Júpiter aquella obstinación con la intención de que vigilase y custodiase al vagabundo.

Los inviernos en esa latitud de la isla de Sullivan rara vez son rigurosos y, al finalizar el año, resulta un verdadero acontecimiento que sea necesario encender fuego. Sin embargo, hacia mediados de octubre de 18..., hubo un día de frío notable. Poco antes de la puesta del sol, subí ese día por el camino entre las malezas rumbo a la cabaña de mi amigo, a quien no había visitado hacía varias semanas, pues residía yo por aquel tiempo en Charleston, a unos catorce kilómetros y medio de la isla, y las facilidades para ir y volver eran mucho menores que en la actualidad. Al llegar a la cabaña llamé, como era mi costumbre. Al no recibir respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Un hermoso fuego llameaba en el hogar. Era una novedad y, por cierto, no de las desagradables. Me quité el gabán, coloqué un sillón junto a los leños crepitantes y aguardé con paciencia el regreso de mis anfitriones.

Llegaron poco después del anochecer y me recibieron muy cordialmente. Júpiter, riendo de oreja a oreja, se movía sin pausa preparando unos patos silvestres para

la cena. Legrand sufría uno de sus ataques (¿con qué otro término podría denominarse aquello?) de entusiasmo. Había encontrado un bivalvo desconocido que formaba un nuevo género y, más aún, había capturado un escarabajo que estimaba totalmente nuevo, pero sobre el que deseaba conocer mi opinión a la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —pregunté frotando mis manos frente al fuego y mandando al diablo a toda la familia de los escarabajos.

—¡Ah, si yo hubiera sabido que vendría! —dijo Legrand—. Pero hace mucho tiempo que no nos vemos y... ¿cómo iba a adivinar que me visitaría precisamente esta noche? Cuando volvía a casa, me encontré con el teniente G., del fuerte, y un poco estúpidamente le dejé el escarabajo; así que le será imposible verlo hasta mañana. Quédese aquí esta noche y mandaré a Júpiter allá abajo al amanecer. ¡Es la cosa más encantadora de la creación!

—¿Qué cosa? ¿El amanecer?

—¡Qué disparate! No, el escarabajo. Es de un brillante color dorado, aproximadamente del tamaño de una nuez, con dos manchas de un negro azabache: una, cerca del extremo posterior, y la segunda, algo más alargada, en la otra punta. Las antenas son...

—No hay estaño³ en él, patroncito Will, se lo aseguro —interrumpió aquí Júpiter—; el escarabajo es un escarabajo de oro macizo todo él, adentro y por todas

3. En el original inglés, Legrand dice *The antennae are...* ("Las antenas son...") y Júpiter lo interrumpe con *Dey aint no tin in him* ("No hay estaño en él"), confundiendo *antennae* (antenas) con *tin* (estaño).

partes, salvo las alas; no vi nunca un escarabajo que pese ni la mitad de lo que pesa este.

—Bueno, supongamos que así sea —replicó Legrand algo más seriamente, según me pareció, de lo que exigía el asunto—. ¿Es una razón para dejar que los patos se quemem? El color —dijo volviendo a dirigirse a mí— bastaría casi para justificar la idea de Júpiter. No habrá visto jamás un reflejo metálico más brillante que el que emite su caparazón, pero no podrá juzgarlo hasta mañana. Entre tanto, queda darle una idea de su forma.

Dijo esto sentándose ante una mesita sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscó en vano algunas hojas en un cajón.

—No importa —dijo por último—, esto bastará.

Sacó del bolsillo de su chaleco algo que me pareció un trozo de viejo papel muy sucio, y esbozó una especie de dibujo con la pluma. Mientras lo hacía, permanecí en mi sitio junto al fuego, pues tenía aún mucho frío. Cuando terminó su dibujo me lo entregó sin levantarse. Al recibirlo, se oyó un fuerte gruñido, seguido por el sonido de arañazos en la puerta. Júpiter abrió y un enorme perro terranova perteneciente a Legrand entró ruidosamente. Alzándose sobre mis hombros, me abrumó a lengüetazos, supongo que porque yo le había prestado mucha atención en visitas anteriores. Cuando acabó de saltar, miré el papel y, a decir verdad, me sentí perplejo por el dibujo de mi amigo.

—Bueno —dije después de contemplarlo unos minutos—, es un extraño escarabajo, lo confieso, nuevo para mí. Nunca había visto nada parecido, a menos que el

dibujo represente un cráneo o una calavera, ya que a eso se parece más que a ninguna otra cosa.

—¡Una calavera! —repitió Legrand—. ¡Oh, sí, bueno! Tiene indudablemente ese aspecto en el papel. Las dos manchas negras parecen dos ojos, ¿no? Y la más larga de abajo podría ser la boca. Además, la figura entera es un óvalo.

—Puede ser —dije—, pero me temo, Legrand, que no sea usted un artista. Debo esperar a ver el insecto verdadero para hacerme una idea de su aspecto.

—En fin, no sé —dijo él, un poco irritado—. Dibujo aceptablemente o, al menos, debería, porque tuve buenos maestros y me jacto de no ser del todo tonto.

—Pero, mi querido compañero —dije—, entonces soy víctima de una broma: esto es un cráneo muy pasable, puedo incluso decir que es un cráneo excelente conforme a las vulgares nociones que tengo acerca de tales ejemplares de la fisiología; y su escarabajo será el más extraño de los escarabajos del mundo si se parece a esto. Podríamos inventar alguna pequeña pero espeluznante superstición al respecto. Presumo que pretenderá llamar a este insecto *Scarabæus caput hominis*⁴ o algo por el estilo. En los libros de historia natural hay muchos nombres semejantes. Pero ¿dónde están las antenas que me había mencionado?

—¡Las antenas! —dijo Legrand, que parecía acalorarse inexplicablemente con el tema—. Estoy seguro de que debe ver usted las antenas. Las hice tan claras como las del propio insecto, y supongo que será suficiente.

4. *Scarabæus caput hominis*. En latín, "escarabajo cabeza de hombre".